

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

ALBERTO SAVARUS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

Á LA SEÑORA EMILIA DE GIRARDIN

Uno de los pocos salones en que se exhibía el arzobispo de Besançon, en la época de la Restauración, era en el de la baronesa de Watteville, á quien estimaba predilectamente, á causa de sus sentimientos religiosos.

Cuatro palabras diré á propósito de esta señora, que era el personaje femenino más importante de Besançon.

El señor de Watteville, descendiente del famoso Watteville, el más ilustre entre los renegados y asesinos (sus extraordinarias aventuras son sobradamente conocidas para que yo las cuente), este señor de Watteville, repito, nacido en el siglo xix, era tan humano y paciente como arrebatado y turbulento fué su abuelo, hombre de aquel siglo considerado grande en la historia. Después de vivir en el Condado como una corredera en la hendidura de una tablazón, había contraído matrimonio con la heredera de la célebre familia de Rupt. Reunía la señorita de Rupt veinte mil francos de renta en bienes raíces del barón de Watteville. El escudo del hidalgo suizo (los Wattevi-

lle vienen de Suiza) quedó eclipsado por el escudo de los Rupt, de más antiguo abolengo. Este casamiento, que fué concertado en 1802, realizóse en 1815, después de triunfar la segunda Restauración. Tres años más tarde de haber tenido fruto en una hija, habían muerto los más próximos parientes de la señora de Watteville, y su herencia, por tanto, quedaba liquidada. Vendióse al ocurrir esto la casa del señor de Watteville, para que el matrimonio pasara á establecerse en la calle de la Prefectura, ocupando el hermoso palacio de Rupt, cuyo vasto jardín se extiende hasta la calle de Perrón. La señora de Watteville, que de soltera se distinguía por su religiosidad, resultó más devota aun después de casada. Es una de las reinas de la santa cofradía, que imprimen á la alta sociedad de Besançon un aire sombrío y modales de los sobreentendidos mojigatos en armonía con el carácter de esta ciudad.

El señor barón de Watteville, hombre seco, flaco y sin pizca de imaginación, parecía gastado, y nadie podía explicarse la causa, pues tenía fama de ser de una ignorancia estúpida; pero como su mujer era de un rubio ardiente y de una naturaleza cuya frialdad llegó á ser famosa (se dice aún insensible como la señora de Watteville), algunos magistrados burlescos aseguraban que el barón se había estrellado contra tal roca. Rupt procede evidentemente de *rupes*. Los doctos sociólogos no dejarán de anotar en sus observaciones que de los Watteville y los Rupt no hubo más descendencia que Rosalía.

Watteville pasaba el tiempo en el taller de un notable tornero y se entretenía trabajando á torno algunas piezas de madera ó de marfil. Para llenar el vacío de su existencia, se había entregado, además, al capricho de ser coleccionista. Según los médicos filósofos que estudian especialmente las enfermedades mentales, la tendencia á coleccionar señala el primer grado de la locura, cuando se reduce á objetos de escaso valor. El barón de Watteville amontonaba conchas y fragmentos geológicos de los terrenos de Besançon. Los aficionados á contradecir siempre, las mujeres sobre todo, decían del señor de Watteville: «¡Tiene un alma

hermosa! Ha comprendido desde que se casó que no podría ser superior á su mujer, y se entrega arduosamente á una ocupación mecánica y á la buena vida.»

No dejaba de notarse en el palacio Rupt cierto esplendor digno de Luis XIV, haciendo gala de la nobleza que confundieron las dos familias en 1815. El hijo era de gusto anticuado, poco conforme con las exigencias de la moda. Las lámparas de vidrio, tallado en forma de hoja, las telas chinescas, los tapices, los muebles dorados, todo armonizaba con las libreas usadas y los criados viejos. Aunque presentada en vajilla de plata ennegrecida por el uso, pues se conservaba como recuerdo de familia, y alrededor de una fuente de cristal adornada con figurillas de porcelana de Sajonia, la comida era abundante y exquisita. Los vinos, escogidos por el señor de Watteville, quien para que no estuviera su vida ociosa y hacerla agradable con diversidad de trabajos, se había convertido en su propio repostero, gozaban de cierta celebridad en toda la provincia. La fortuna de la señora de Watteville era considerable, pues la de su marido, que consistía en las tierras de Rouzey, evaluadas en diez mil francos de renta próximamente, no se aumentó con herencia ninguna. Creo inútil advertir que el íntimo trato de la señora de Watteville con el arzobispo había impuesto en la casa á los tres ó cuatro abates más notables y vivos del arzobispado y que no hacían nunca asco á la mesa á la hora de comer.

En cierta comida solemne, dada no sé á santo de qué casamiento, á principios de septiembre de 1834, en el momento en que las damas formaban círculo alrededor de la chimenea del salón y grupos los hombres junto á los ventanales, se tributó un aplauso al abate de Graucey, á quien acababa de anunciar la servidumbre.

—¡A ver! ¿Qué hay del pleito?—le gritaron de todas partes.

—Ganado—respondió el vicario general.—La sentencia del tribunal, en que no teníamos maldita la confianza, ya saben ustedes por qué...

Las últimas palabras aludían á la constitución de

los tribunales civiles de 1830. Casi todos los legitimistas habían dimitido.

—... La sentencia viene á darnos la razón en todos los extremos, y reforma el juicio emitido en primera instancia.

—Pues todo el mundo consideraba que perdían ustedes.

—Y perdidos estábamos á no ser por mí. He conseguido que el abogado se marchase á París, y con este recurso me ha sido fácil nombrar en el momento decisivo de la batalla un nuevo defensor á quien debemos el triunfo, un hombre extraordinario...

—¿En Besançon?—preguntó ingenuamente el señor de Watteville.

—En Besançon—respondió el abate de Graucey.

—¡Ah, sí!—replicó un joven arrogante que se hallaba sentado cerca de la baronesa, y que respondía al nombre de Soulas.

—Ha perdido varias horas junto conmigo examinando legajos y documentos—añadió Graucey, que no había aparecido en veinte días por el palacio Rupt.—En una palabra, Savarus acaba de derrotar en toda la línea al célebre abogado que nuestros adversarios habían traído de París. Según los consejeros, el joven de que hablo ha estado inimitable en su defensa; por lo cual puede decirse que el cabildo acaba de obtener un doble triunfo; en derecho ante todo, y en política por haber derrotado al liberalismo en la persona del defensor de nuestro Ayuntamiento. «Los adversarios, ha dicho nuestro abogado, no deben confiar demasiado, como confían, en que les apoye la opinión para destruir los arzobispados...» El presidente se ha visto en la precisión de dictar medidas para restablecer la calma en el público. Todos los *Pisontines* aplaudieron. De modo que la propiedad, en todo lo que se refiere á las construcciones del antiguo convento, continúa usufructuándola el Capítulo de la catedral de Besançon. Esto no ha sido obstáculo para que Savarus invitase á su compañero de París á comer cuando han salido del Palacio de Justicia, ni para que el vencido aceptara diciendo: «Honremos al vencedor». Sin pizca

de enojo ha felicitado el último al primero por su triunfo.

—¿Y de qué rincón han ido ustedes á sacar ese abogado famoso?—preguntó la señora de Watteville.—No he oído hablar nunca de ese hombre.

—Desde aquí puede usted ver los ventanales de su casa; vive—repuso el vicario general—en la calle Perrón; sus jardines están separados por una cerca de los de usted.

—No pertenece al Condado—añadió el señor de Watteville.

—Creo que pertenece á todas las regiones y á ninguna, por lo cual se ignora el lugar de su nacimiento—dijo la señora de Chavoncourt.

—Pero ¿qué casta de hombre es?—interrogó la de Watteville colgándose al brazo de Soulas para dirigirse al comedor.—Si es forastero ¿qué casualidad le ha traído á Besançon? Establecerse aquí no deja de ser determinación rara tratándose de un abogado.

—¡Y tan rara!—repitió el joven Amadeo de Soulas, de quien hay que dar los antecedentes precisos para continuar esta historia.

Han hecho en todo tiempo y sazón tan continuado comercio de objetos y fútiles ideas Inglaterra y Francia, cuanto que estas cosas no se someten á la fiscalización rigurosa de las Aduanas. La moda que llamamos inglesa en París, resulta francesa en Londres, y así reciprocamente. La enemistad de los dos pueblos se estrella contra los convencionalismos de las palabras y de las modas. *Good save the king*, marcha nacional de Inglaterra, viene á ser música escrita por Lulli para los coros de Esther ó de Athalia. Los rodetes que vulgarizó en París una inglesa, los introdujo en Londres, ya se sabe por qué, una francesa, la célebre duquesa de Portsmouth; al principio fueron objeto de tales rechiflas, que la primera inglesa que ostentó tal peinado estuvo á pique de ser víctima de la multitud; pero al fin y á la postre triunfó la innovación, hasta tal punto, que esta moda ha sometido á las europeas durante medio siglo. Al firmarse la paz de 1815, prevalecieron en todo el año siguiente las sátiras contra el talle larguirucho de las inglesas, y no hubo en Pa-

rís quien no fuese á aplaudir á Pothier y Brunet en los *Inglésos tomados á risa*; pero en 1816 y 17 el talle de las francesas, que subía hasta los pechos en 1814, bajó gradualmente hasta marcar las caderas. De diez años á hoy Inglaterra nos ha hecho merced de dos obsequios lingüísticos. Al *relamido*, al *petimetre*, al *gomoso*, tres vocablos que han sustituido al de *petits-maitres* (*petimetre*), cuya etimología es algo indecorosa, ha reemplazado el *dandy*, y más tarde el *lion*. De *lion* no viene *lionne*. La aplicación de esta última palabra se debe á la famosa jácara de Alfredo Musset: *Avez vous vu dans Barcelone... C'est ma maitresse et ma lionne*: se han mezclado, ó mejor, se han confundido los dos términos, y, por tanto, las dos ideas que han producido la frase. Cuando una patochada cualquiera distrae á París, pueblo que lo mismo traga las necedades que las obras geniales, es difícil que no se aplauda también en provincias. Ocurrió, pues, que tan pronto como el *lion* paseó por París su cabellera, sus barbas y sus bigotes, sus chalecos y su monóculo sostenido á caballo de la nariz sin el auxilio de las manos, gracias á un esfuerzo determinado por la contracción de una de las mejillas y de la ceja correspondiente, las capitales de algunos departamentos vieron aparecer *presumidos* de segundo orden, que protestaron, haciendo ostentación de la elegancia de sus trabillas contra el abandono y la dejadez de sus paisanos. Dicho lo que precede, añadamos que, á partir de 1834, reinaba en Besançon un ente de estos, que no era sino Amadeo Silvano Santiago de Soulas, apellido que se escribía Souleyas en tiempo de la dominación española. Quizás no hay otro en Besançon que descienda de españoles más que él. De España iba mucha gente á hacer fortuna al *Condado*, pero eran pocos los que se establecían definitivamente en este punto. Los Soulas no se movieron por haber emparentado con el cardenal Granvelle. El joven Soulas que aquí se cita aseguraba constantemente que tenía deseos de abandonar Besançon, ciudad triste, beatá, poco culta, plaza fuerte, en que dominaba la guarnición, y cuyas costumbres y cuyo aspecto vale la pena de que el novelista se entretenga

en describir. Haciendo gala de estas opiniones, podía habitar, como hombre que no está seguro de su porvenir, tres habitaciones ligeramente amuebladas al extremo de la calle Nueva, hacia el punto en que se bifurca con la de la Prefectura.

Al joven Soulas no podía faltarle un lacayito, y era éste el hijo de uno de sus colonos, un criadito de catorce años, rechoncho, bajo y regordete, llamado Babylas. El león había adecentado en el vestir á su lacayo: casaca corta de paño pardo oscuro ajustada por un cinturón charolado, calzones de pana azules, chaleco encarnado, zapatos relucientes, sombrero hongo con cintillo negro y botones amarillos en que se destacaban las armas de los Soulas. Amadeo suministraba al mozo guantes blancos de algodón, sufrágale el lavado de la ropa y le tenía asignados treinta y seis francos mensuales, pero á condición de que se arreglase para comer, cosa que á las modistillas parecía poco menos que una monstruosidad: ¡cuatrocientos veinte francos á un chiquillo de quince años, sin contar con los regalos que pudieran caer! ¿les parece á ustedes? Los obsequios no pasaban de ser: los gajes que le reportaba la venta de los vestidos desechados; una propina cuando Soulas hacía algún cambalache de caballos, y el aprovechamiento del estiércol. Uno con otro y mantenidos con sórdida economía, puede decirse que los dos caballos costaban al año ochocientos francos. La cuenta de provisiones traídas de París en lo que se refiere á los ramos de perfumería y joyería, á la colección de corbatas y renuevo de trajes, sumaba unos mil doscientos francos. Si se agregan los gastos del *groom* ó lacayo, de los caballos, del tren espléndido, puede contarse en junto la suma de tres mil francos; pero el padre de Soulas sólo le había legado una renta de cuatro mil, producidos por algunos cortijos miserables, que obligaban al dueño á continuos dispendios para su conservación, lo cual hacía casi ilusoria la ventaja de poseer estas fincas. Apenas si le quedaban al *petimetre* tres francos diarios con que atender á las necesidades de su vida, á las urgencias de su bolsillo y á sus vicios y distracciones. No era extraño, pues, que comiese frecuentemente fuera

de su casa, aprovechando todo convite, y que almorzase haciendo gala de la más exquisita frugalidad. Cuando no tenía más remedio que comer á su costa, mandaba á su lacayo que le trajera dos platos de la hostería, sin excederse de una cuenta que importara cinco reales. Lo chusco era que Soulas pasaba por ser un derrochador, por hombre que cometía insignes torpezas, siendo así que el desgraciado se veía negro para llegar á últimos del año cansando el magín y empleando habilidades que habrían colmado de gloria á una perfecta ama de casa. Imaginábase aun por aquel tiempo, sobre todo en Besançon, cuán seriamente amenazan á un capital, seis francos empleados en dar lustre á unas botas ó á unos zapatos, guantes de diez reales, amarillos, limpiados con gran reserva, para que sirviesen como nuevos en tres temporadas distintas, corbatas de diez francos que duran tres meses, cuatro chalecos de veinticinco francos y pantalones que se ajustan al calzado para que luzca el pie. ¿Y cómo no había de ser así, cuando vemos las consideraciones con que atienden las damas en París al primer necio que se les presenta, triunfando de los hombres más notables sin más armas que las frívolas ventajas que pueden reunir con el dispendio de quince luises, comprendiendo en este gasto el rizado del cabello y una camisa de tela de Holanda?

Por si alguien imagina que este infortunado de quien se habla ha conseguido la fama de que goza fácilmente, sépase que Amadeo de Soulas había estado tres veces en Suiza, aunque viajando de sol á sol y en carro; otras dos en París, y una sola vez prolongó el viaje desde este último punto hasta Inglaterra. Pero esto le proporcionó la dicha de pasar á los ojos de todo el mundo por viajero instruído, y la gloria de decir: *En Inglaterra, donde yo he estado*, etc. Las señoras respetables le soltaban: *Usted que ha estado en Inglaterra*, etc. Llegó en cierta ocasión hasta Lombardía, y en otra ocasión bordeó los lagos de Italia. Leía todas las obras nuevas, y para fin de fiesta el lacayo Babyas respondía á los importunos que iban á visitarle: «El señor está ocupado». Efectivamente, se hallaba limpiando sus guantes. Claro está que la male-

dicencia procuró rebajar su figura valiéndose de esta frase: «Es un progresista». Por contra, Amadeo poseía el don de hablar gravemente y con aire de suficiencia manejando todos los lugares comunes en los asuntos de actualidad, y así pasaba por ser uno de los hombres más ilustrados de la aristocracia. Ostentaba en su cuerpo toda la joyería en moda á la sazón, y en su cabeza los pensamientos que acababa de leer en los periódicos.

Era Soulas en 1834 un joven de veinticinco años, de mediana estatura, moreno, duramente pronunciado el tórax, los hombros proporcionados, bastante llenos los muslos, los pies gordos, la mano blanca y gordinflona, barba que parecía un collar y bigotes que rivalizaban con los de cualquier sargento; en fin, una gran cara coloradota, con la nariz aplastada y con los ojos oscuros, sin expresión. Por otra parte, en toda la figura no se distinguía ningún rasgo español. Se le veía correr á pasos agigantados hacia una obesidad, de fatales consecuencias para sus pretensiones. Se presentaba, eso sí, con las uñas muy limpias, con la barba peinada, y atendiendo á todos los pormenores de su vestido con pulcritud y corrección dignas de un inglés. Esto le daba fama de ser el mozo más gallardo de Besançon. Un peluquero que iba á hacerle la barba en días determinados (otro lujo de sesenta francos por año) le proclamaba juez en materia de modas y de elegancia. Acostábase tarde Amadeo, y mientras se levantaba y arreglaba, sorprendiale el mediodía; poco más ó menos sobre esa hora montaba á caballo, dirigiéndose á una de sus quintas para tirar á pistola. Concedía á este entretenimiento tanta importancia como la que le dió lord Byron hacia lo último de su existencia. Al cabo de tres horas volvía, despertando la admiración de las modistillas y de cuantos se hallaban asomados á los balcones. Después de la fingida labor que le tenía ocupado hasta las cuatro, se vestía para comer invariablemente fuera de casa, pasaba la noche en los salones aristocráticos jugando al wist y se iba á dormir á eso de las once. No podía darse existencia más juiciosa ni más puesta en razón, pues sobre lo dicho no faltaba nunca á

los oficios los domingos y demás fiestas de guardar.

Para que se comprenda que este género de vida pasaba de lo común y ordinario, será preciso describir en dos palabras lo que es Besançon. No hay otro pueblo que presente tan invencible y tenaz resistencia contra el progreso. Ocurre en Besançon que, administradores, empleados, militares, en fin, todos los que el Gobierno y París envían á desempeñar un destino cualquiera, son designados en junto con el nombre expresivo de *la colonia*. Es la colonia el terreno neutral, único en donde, como en la iglesia, pueden encontrarse los nobles y la clase media de la ciudad. Pero allí, precisamente, se inician, tomando pretexto de una palabra, de un gesto, de una mirada, los odios que se entronizan de casa á casa, de mujeres de una condición á otra, y que, enconándose hasta la hora de la muerte, hacen más infranqueables las vallas que separan á los dos estados. A excepción de los Clermont Mont-Saint-Jean, de los Beaufremont, de los de Scey, de los Gramont y de algunos otros que habitan el condado, recogidos en sus tierras, la nobleza *bizoncina* no se remonta, respecto del origen, más allá de dos siglos, ó sea, durante las conquistas de Luis XIV. Todos estos señores de que se trata son esencialmente diplomáticos, arrogantes, rígidos, graves, egoístas, altivos, hasta tal punto que no tienen término de comparación ni aun con la corte de Viena, pues fama es que los *bizoncinos* harían en este particular que los salones vieneses parecieran, respecto de los suyos, cuchitriles ó pocilgas. No hay que hablar de Victor Hugo, de Nodier, de Fourier, glorias de la ciudad, pues nadie se ocupa de ellos. Los casamientos entre los nobles se conciertan por los padres en las cunas de los hijos, y todos los pormenores que al enlace se refieren, serios ó insignificantes, quedan arreglados allí. No puede decirse que se haya metido nunca un extraño, un intruso, en tales casas; y para que recibieran en ellas á los coroneles, á los oficiales que pertenecían por su título á las mejores familias de Francia y que se encontraban de guarnición en el pueblo, se ha tenido que poner en juego recursos diplomáticos que no hubiera

despreciado el príncipe de Tayllerand para luchar en un Congreso. Amadeo era el único que gastaba trabillas en Besançon, por el año 1834. Esto da idea de cuán *gomoso* era el joven Soulas. En fin, para que se comprenda el carácter de la ciudad, allá va la siguiente anécdota:

Poco antes del día en que da principio esta historia, la prefectura se vió en el caso de llamar á un periodista parisiense para que redactase su órgano oficioso y la defendiese contra la *Gaceta* que la gran *Gaceta* había puesto en Besançon, y contra *El Patriota*, en que los republicanos trasteaban. Envió, pues, París á un joven que no sabía palabra de las costumbres del condado y que inauguró sus tareas con un *Primer-Besançon* de la escuela del *Charivari*. El jefe del partido moderado, que figuraba en el municipio, llamó al periodista y le dijo: «Tenga usted entendido, caballero, que somos graves, tan graves, que nuestra seriedad degenera en fastidiosa; no queremos que se nos distraiga, y nos tiene furiosos el haber leído. Sea usted en sus escritos tan pesado como las más prolifas y exageradas disertaciones de la *Revista de Ambos Mundos*, y aun así no podrá usted compararse con los *bizoncinos*».

Dióse el periodista por enterado y habló la jerga filosófica más dura de comprender. El éxito fué completo.

Soulas no perdió el aprecio en los salones de Besançon, por pura vanidad de la aristocracia, satisfecha de adquirir un aire á lo moderno presentando á los nobles parisienses que visitaban el condado un joven que era poco más ó menos como ellos. Todo aquel manejo oculto, aquel aturdimiento aparente, aquella astucia, con que tan bien jugaba el gomoso, tenían una solapada intención, y ya no había de ser del país para no andarse en tales maniobras. Amadeo quería contraer un matrimonio ventajoso, probando en su día que sus tierras no estaban hipotecadas y que había hecho economías notables. Quería distinguirse en la ciudad, ser el más galán y elegante, para ganar en un pronto la atención pública y después la mano de la señorita Rosalía de Wat'eville.

En 1830, cuando Soulas inauguró su papel de petimetre, Rosalía sólo contaba catorce años. En 1834, la señorita de Watteville se hallaba, por tanto, en la edad en que las jóvenes se dejan sugestionar fácilmente por todas las rarezas y extravagancias con que se singularizaba Amadeo. Hay muchos gomosos que lo son por conveniencia. Los Watteville se habían enriquecido de doce años á aquella parte, disfrutando de una renta de cincuenta mil francos. De estos ingresos sólo venían á gastar unos veinticuatro mil francos al año, con todo y recibir en sus salones á la alta sociedad de Besançon los lunes y los viernes; á comer el primero de dichos días, y á pasar la velada del último. Puede calcularse, pues, qué capital formaban en doce años veintiséis mil francos colocados anualmente á rédito con la discreción que distingue á estas familias. Era fama que, enriquecida por la posesión de sus tierras la señora de Watteville, colocó al tres por ciento sus economías en 1830. Los que pasaban por bien enterados sostenían que la dote de Rosalía pudiera evaluarse en unos veinte mil francos de renta. El petimetre había estado trabajando pacientemente como un topo durante cinco años para conquistar la más alta estimación de la severa baronesa, haciendo al mismo tiempo todo lo posible por vencer á la señorita de Watteville, adulando su amor propio. Conocía la seduda dama el secreto de las artes con que Amadeo lograba sostener su rango en Besançon, y le estimaba mucho haciendo justicia á su ingenio. Soulas se había amparado en el influjo de la baronesa cuando ésta frisaba con los treinta años, y tuvo entonces el atrevimiento de admirarla y de convertirla en ídolo suyo; había conseguido que á él solo se le permitiera contar los cuentos verdes, que casi todas las devotas gustan de oír, haciéndose fuertes en que están autorizadas, atendida su indiscutible virtud, á mirar serenamente al abismo sin sentir el vértigo y dejarse tentar por el demonio seguras de no caer en sus lazos. Se comprenderá, por tanto, que el gomoso no se permitiese andarse en maquinaciones y que procurase que no hubiera obscuridad de ningún género en su existencia, viviendo como quien dice en la calle, al

aire libre, con el propósito de representar el papel de amante abnegado á los ojos de la baronesa, haciéndole el sacrificio de la esencia de los pecados que ella imponía á su carne. El hombre que tiene talento para deslizarse al oído de una devota dichos picarescos, resulta para ella encantador. Si este fatuo ejemplar hubiese tenido más profundo conocimiento del corazón humano, habría podido permitirse algunos entretenimientos entre las modistillas de Besançon, que le consideraban rey de los elegantes; es posible que entonces hubieran ganado terreno sus pretensiones cerca de la prudente cuanto severa baronesa. Para Rosalía resultaba este Catón algo así como pródigo; apasionado de la vida elegante, le presentaba á sus ojos deslumbrados el papel brillantísimo de una mujer impuesta por la moda en París, adonde le llevaría su nombramiento de diputado. Excusado es añadir que obtuvo un éxito sin disputa. Cuarenta madres de familia pregonaban en 1834, entre los pudientes y de noble abolengo, que el señor Amadeo de Soulas era el joven más simpático de Besançon; no había quien disputase la gloria al gallito del hotel Rupt, y todo el pueblo le señalaba como futuro de Rosalía de Watteville. A este propósito cambiáronse ciertas palabras entre la baronesa y Amadeo, palabras que, gracias á la pretendida insignificancia del barón, adquirían cierta validez.

La señorita Rosalía de Watteville, á quien su fortuna considerable daba á la sazón desusado valor, educada en la fortaleza del palacio Rupt en que su madre se hallaba metida á toda hora (hasta tal punto estimaba y consideraba al idolatrado arzobispo), era hechura de una educación exageradamente religiosa, sujeta por el despotismo maternal y *reprimida* con el más severo empuje. Lo ignoraba todo. ¿Acaso se sabe algo cuando se aprende la geografía de Guthrie, la historia sagrada, la antigua, la de Francia y las cuatro reglas con arreglo al patrón de un jesuita viejo? Tanto el dibujo como la música y como el baile quedaron prohibidos, por parecerle ejercicios más propios para corromper que para servir de adorno á la existencia. La baronesa enseñó á su hija todo

cuanto le fué posible en materia de tapices y labores de mujer: la costura, el bordado, los tejidos. A los diez y siete años sólo había leído la moza las *Cartas piadosas* y algunos libros que trataban de heráldica. No podía vanagloriarse ningún periódico de que hubiesen pasado sus miradas por él. Oía misa todas las mañanas en la catedral, acompañada de su madre, y después del almuerzo daba un paseito por el jardín y se ponía á trabajar, recibiendo todas las visitas sentada al lado de su madre hasta la hora de comer. Más tarde, excepción hecha de los lunes y los viernes, pasaba las veladas con la señora de Watteville sin poder hablar más palabra que la consentida en las ordenanzas maternas.

A los diez y ocho años era la señorita de Watteville una joven delicada, flaca, vulgar, rubia, blanca, insignificante hasta la exageración. Sus pupilas, de azul pálido, sólo eran bellas cuando los párpados caían en delicioso juego proyectando no sé qué sombra sobre las mejillas. Algunas manchas rojas oscurecían el brillo de su frente, que, por otra parte, presentaba un perfil correcto. Su rostro ofrecía un raro parecido con los de las santas de Alberto Dürer y de los pintores que precedieron á Perugin: la misma forma redonda, aunque suave; la propia delicadeza á que el éxtasis daba cierto aire triste, y la misma ingenuidad austera. En ella, todo, hasta la actitud, recordaba á esas vírgenes cuya hermosura no se descubre en su esplendor místico, sino á los ojos de un observador inteligente. Sus manos eran lindas, aunque encarnadas, y su pie precioso, pie de castellana. Ordinariamente vestía telas de algodón sencillas; pero los domingos y demás fiestas permitíale su madre vestir trajes de seda. La moda manejada por las modistas de Besançon afeábale bastante; en cambio, la baronesa procuraba copiar la gracia, la gentileza, la elegancia de los cortes de París, de donde recogía hasta lo más nimio y futil de su tocado, gracias á los cuidados de Soulas. Rosalía no había lucido nunca medias de seda, ni borceguíes, sino medias de algodón y zapatos de cuero. Su ropa en los días de gala era de muselina, y la piel de su calzado

bronceada. Pero esta educación y los ademanes de la niña no hacían más que ocultar el carácter que era duro, entero. Los fisiólogos y los sabios observadores de la naturaleza os dirán, no sin que os dejen quizás profundamente admirados, que reaparecen, á grandes intervalos en las familias, el natural, el carácter, el talento, el genio, ni más ni menos que ocurre en las enfermedades llamadas hereditarias. De modo que el saber, como la gota, salta á lo mejor por dos generaciones. Ejemplo de este fenómeno lo ofrece la ilustre George Sand, en quien ha revivido la energía, la potencia y el pensamiento del mariscal de Sajonia, su abuelo. La decisión, la audacia romántica del famoso Watteville se habían apoderado del espíritu de su nietecita, agravando estas condiciones de su temperamento, la tenacidad y el orgullo que distinguían la sangre de los Rupt. Pero estas cualidades, virtudes ó defectos, como queráis, estaban tan ocultas en el alma de la doncella (mujer aparentemente suave y débil) como la lava que hierve debajo de una colina antes de que estalle el volcán. Sólo la señora de Watteville sospechaba la herencia de las dos sangres fundidas, y trataba con tanta severidad á su Rosalía, que en cierta ocasión, interpelada por el arzobispo á propósito de su dureza, repuso: «Déjeme, monseñor, que la gobierne á mi gusto: la conozco; ¡tiene más de un Belcebú en el cuerpo!»

La baronesa vigilaba tanto más escrupulosamente á su hija cuanto que creía comprometido en este empeño su orgullo maternal; hay que añadir que tampoco tenía cosa mejor en qué distraer el tiempo. Clotilde de Rupt, joven aún, frisaba con los treinta y cinco, y poco menos que viuda de un esposo que se entretenía en tornear hueveras de todas clases y tamaños, que se obstinaba en marcar círculos de seis líneas sobre planchas de hierro, y que construía tabaqueras para todos los de su tertulia, Clotilde, repito, coqueteaba con Amadeo de Soulas, pero siendo su intención la más sana de este mundo. En efecto, cuando él se hallaba en la casa, hacía comparecer frecuentemente á su hija, tratando de estudiar sus movimientos de ánimo para ver si descubría el más

leve indicio de celos con el propósito de domeñar esta pasión. Imitaba á la policía en sus tratos y relaciones con los republicanos, pero ya le había caído que hacer: como si Rosalía no conociera demasiado á su madre, hasta el punto de advertir que si le llegara á parecer bien el señor Soulas, era seguro que se ganaba una de las severas amonestaciones. Rosalía no se sublevaba nunca, y la ingrata y dura devota recriminaba á su hija por su insensibilidad. Tanto, que á todas las excitaciones de su madre respondía con medias palabras y frases de las que se han llamado malamente jesuíticas, pues los jesuitas son fuertes y sus reticencias comparables á esos bloques erizados de puntas de hierro, caballos de Frisia en que los hombres amparan su debilidad. La madre le echaba entonces en cara su disimulo. Si por desgracia saltaba en las réplicas uno de los rasgos que acusaran el verdadero carácter de los Watteville y los Rupt, la baronesa hacía valer el respeto que los hijos deben á los padres, para reducir los ímpetus de Rosalía con los medios de la obediencia pasiva. Esta lucha secreta se reñía en lo más íntimo de la vida doméstica, á puertas cerradas. El vicario general, abate predilecto de Graucey, amigo del difunto arzobispo, á pesar de las armas y recursos que le prestaba su condición de gran penitenciario de la diócesis, no podía penetrar si este pique había despertado el odio entre madre é hija, si la madre estaba celosa, ó si la corte que hacía Amadeo á la hija en la persona de la madre había sobrepasado los límites del respeto. Como amigo que era de la casa, no confesaba á la señora ni á la señorita. Algo mortificada Rosalía, moralmente hablando, en lo que respecta á Soulas, no podía sufrirlo, y permítaseme que emplee este término del lenguaje familiar. Y á tal punto llegaba esto, que si él le dirigía la palabra procurando tantear su corazón, ella le recibía con desusada frialdad. Ocurría, para postre, que tal repugnancia ostensible sólo para la madre se convertía en motivo inacabable de reprimenda.

—No comprendo, Rosalía, por qué eres tan dura con Amadeo. ¿Acaso porque es amigo de casa, y porque su trato nos complace á tu padre y á mí?...

—¿Cómo, mamá!—respondió un día la pobre criatura—si yo le acogiese con cariño, ¿no parecería más culpable que ahora?

—¿Qué significa eso?—gritó la señora de Watteville—¿qué quieren decir esas palabras? ¿Que tu madre es injusta en esta ocasión, y lo sería siempre, obrando como obrase? ¿Que no vuelva á oír yo semejante respuesta!... etc.

La disputa duró tres horas y tres cuartos, según observó Rosalía. La madre, pálida de cólera, mandó que se retirase su hija á sus habitaciones, en cuyo apartamiento procuró Rosalía investigar las causas y el valor de semejante escena, sin que descubriese al cabo nada de particular. ¡Tan inocente era! De modo que el señor Soulas, á quien todo Besançon creía arañando el fin que perseguía con abuso de corbatas y en fuerza de gastar cajas de betún, deseo que le obligaba á ponerse mucha pomada húngara en el bigote, á lucir lindos chalecos y corsé (llevaba una especie de camisolín de piel, que es como si dijéramos el chaleco de los gomosos), Amadeo estaba, no obstante, más lejos del triunfo que cualquier recién llegado, aunque tuviera de su parte al digno y noble abate de Graucey. Es de notar también que en el momento en que da principio esta narración, Rosalía ignoraba que se la hubiese destinado á enlazarse con el conde Amadeo de Souleyas.

—Señora—dijo Soulas dirigiéndose á la baronesa, en tanto que se enfriaba la sopa, y procurando dar á sus palabras un tinte novelesco,—ocurre que una hermosa mañana dejó el correo á las puertas del Hotel Nacional á cierto parisiense que, buscando hospedaje, se ha decidido á la postre por habitar el primer piso de la casa de la señorita Galard, en la calle de Perrón. Instalado ya, el forastero ha ido derecho á la alcaldía para empadronarse. Más tarde se ha inscrito en el colegio de abogados con cargo en el Tribunal, presentando sus títulos en regla, y ha pasado á todos sus compañeros, á los empleados ministeriales y á todos los miembros del Tribunal, una tarjeta en que se lee:

ALBERTO SAVARON.

—El nombre de Savaron es conocido—objetó la se-

ñorita de Watteville luciendo sus conocimientos en heráldica.—Los Savaron de Savarus pertenecen á las familias de abolengo, de las más nobles y ricas de Bélgica.

—Es francés y provenzal — replicó Amadeo. — Si quiere ostentar las armas de los Savaron de Savarus tendrá que añadir una barra al escudo. No hay en Brabante más que una señorita Savarus, rica heredera en estado de merecer.

—Ciertamente, la barra indica bastardía—contestó la joven,—pero el bastardo de un conde de Savarus es noble.

—¡Basta, señorita!—gritó la baronesa.

—Has querido que estuviera fuerte en blasones—interrumpió el señor de Watteville—y hay que venir en que resulta inteligente.

—Hágame usted el favor de seguir hablando, señor Soulas.

—No extrañarán ustedes que en una ciudad donde todo está clasificado, definido, conocido, colocado, cifrado, numerado como lo está en Besançon, hayan recibido nuestros abogados á Savaron sin dificultad ninguna. Cada cual ha dicho para su capote: «Este pobre diablo ignora qué tierra pisa. ¿Quién le aconsejaría que viniese aquí? ¿Qué es lo que pretende? ¡Enviar tarjeta á los magistrados cuando debía visitarles personalmente!... ¡Qué torpezal!» Resulta de esto que á los tres días ha concluido nuestro Savaron. Ha entrado á su servicio el ayuda de cámara del difunto señor Galard, Jeromo, quien es algo práctico en materia de cocina. Se ha olvidado la gente de Alberto Savaron con tanto mayor motivo cuanto que nadie ha vuelto á verle.

—¿No va á misa?—preguntó la señora de Chavoncourt.

—Va los domingos á San Pedro, á misa primera, la de las ocho. Se levanta todas las noches entre una y dos de madrugada, trabaja hasta las ocho, almuerza y vuelve á enfrascarse en su tarea. Pasea por el jardín, dando cincuenta ó sesenta vueltas; vuelve á entrar en su casa, come, y se acuesta de seis á siete.

—¿Cómo sabe usted todo eso?—preguntó la Chavoncourt á Soulas.

—Muy sencillo, puesto que habito en la calle Nueva, chaffán con la de Perrón; mi casa tiene vistas á las del misterioso personaje; además, hay, naturalmente, cambio de impresiones mutuas entre mi lacayo y Jeromo.

—¿Es decir, que conversa usted con Babylas?

—¿Cómo voy á distraerme, si no, en mis paseos?

—Dígame, ¿cómo han consentido ustedes en nombrar abogado á un forastero?—interrumpió la baronesa poniendo otra vez al vicario general en el uso de la palabra.

—El Primer magistrado quiso jugar una mala pasada á ese señor nombrándole de oficio para defender ante la Audiencia á un aldeano casi imbécil á quien se acusaba de falsificador. Savaron consiguió que absolviesen al pobre hombre, probando su inocencia y demostrando que había sido instrumento de varios culpables. Y no sólo triunfó en su defensa, sino que fué preciso encarcelar á dos de los testigos contra los cuales recayó sentencia condenatoria. Su sistema de pleitear ha despertado interés en el Tribunal y ha conmovido á los jurados; uno de ellos, un comerciante, confió al otro día á Savaron un asunto delicado del que salió en bien. En el caso nuestro, como Berryer no podía venir á Besançon, el señor Garcenault nos aconsejó que nos entregásemos en manos de ese letrado, prediciéndonos el triunfo. Y desde que le vi y le oí hablar tuve fe en él; la experiencia ha venido á probar que no me equivocaba.

—¿Tiene, pues, algún mérito extraordinario?—preguntó la señora de Chavoncourt.

—Ciertamente, señora—replicó el vicario general.

—A ver, á ver, explíquenos eso—objetó la señora de Watteville.

—Cuando celebramos la primera entrevista—dijo el abate de Graucey—me recibió en la pieza que sigue á la antecámara (antiguamente el salón del bondadoso Galard), la cual ha hecho pintar imitación á roble añoso; los estantes que decoran las paredes, igualmente pintados, están repletos de volúmenes de dere-

cho. La pintura y los libros constituyen todo el lujo de la estancia, pues no hay otro mobiliario que un bufete esculpido, gastado, seis sillones de tapicería, cortinas con bordados verdes, color carmelita, y una alfombra verde también. La estufa de la antecámara sirve para calentar la biblioteca. Confieso que en tanto le esperaba no creía yo encontrarme con que mi abogado fuese joven; no obstante el cuadro singular de que he hecho mención, casa perfectamente con la figura singular de aquél; Savaron se presentó vistiendo bata de merino negro, ceñida por una correa encarnada, chinelas encarnadas, chaleco de franela encarnado y encarnado casquete, en fin.

—¡La librea del demonio!—exclamó la señora de Watteville.

—Sí—replicó el abate,—pero soberbia cabeza la suya: cabellos negros que empezaban á blanquear; cabellos como los que tienen los san Pedro y san Pablo de nuestros cuadros místicos, con bucles espesos y relucientes; cabellos fuertes como la crin; cuello blanco y redondo como el de una mujer; frente despejada, partida por ese surco profundo que las abstracciones sublimes, los pensamientos graves y la meditación tenaz, marcan en la frente de los grandes hombres; tinte aceitunado que parecen jaspear algunas manchas rojas; nariz cuadrada; ojos brillantes; mejillas hundidas en que se destacan dos arrugas largas, cifra de intensos sufrimientos; boca en que la sonrisa juguetea sardónicamente, y barbita delgada y en extremo corta; la pata de gallo en las sienes; los cóncavos, moviéndose bajo dos arcos poblados de cejas, como dos globos encendidos; pero á pesar de todos estos indicios de pasión violenta, sorprende aquel aire tranquilo que le da aspecto de profunda resignación; la voz penetrante y dulce, acento de verdadero orador, que me ha sorprendido después en el Palacio de Justicia, tanto por la expresión como por la facilidad de palabra, que es á veces correcta y sagaz, á veces insinuante, y cuando conviene atronadora, plegándose por último á la burla y al ataque y convirtiéndose entonces en incisiva. El señor Alberto Savaron es de mediana estatura, ni grueso ni delgado. Tiene manos de obispo.

La segunda vez que fui á verle me hicieron pasar á su cuarto que sigue á la biblioteca, y sonrió viendo que me admiraba observando la cómoda desvencijada, la alfombra detestable, la cama de colegial y las cortinas de indiana que eran todo su adorno. Cuando yo entré, salía él de su gabinete de trabajo, donde nadie entra, según me dijo Jeromo quien no hizo más que llamar á la puerta para anunciarme. Savaron dió vuelta á la llave delante de mí. Durante la tercer visita le encontré almorzando en su biblioteca frugalmente; pero esta vez, como había pasado la noche examinando nuestro pleito, y me hallaba yo con nuestro abogado y debíamos permanecer largo rato juntos y el señor Girardet es prolijo en su discurso, pude estudiar con alguna detención al forastero. Cierto, no es éste hombre vulgar. Más de un misterioso recuerdo oculta aquella máscara, á la vez terrible y suave, tranquila é impaciente, grande y hundida. Me ha parecido ligeramente arqueada como la de todos los hombres que llevan algún peso enojoso sobre sí.

—Y ¿por qué ha salido ese modelo de elocuencia de París? ¿Qué vientos le traen á Besançon? ¿No se le advirtió que los forasteros tienen aquí pocas probabilidades de meter el hombro? Se le utilizará, no lo dudo, pero no se figure que pueda él valerse de igual modo de los bizoncinos. Y ¿por qué, ya que estaba entre nosotros, ha hecho tan poco de su parte, que sin el capricho del Primer presidente nadie se habría fijado en su persona?—preguntó la hermosa Chavoncourt.

—Después de haber estudiado detenidamente tan soberbia cabeza—replicó el abate mirando con fina atención á su interruptora y dejando entrever que ocultaba algo importante,—y, sobre todo, luego que oí su réplica la otra mañana á una de las águilas del foro parisién, se me ha ocurrido pensar que ese hombre, que sólo cuenta hoy treinta y cinco años, producirá más tarde sensación profunda...

—¿Qué nos importa? El pleito de ustedes está ganado y pagado—cortó la señora de Watteville observando que su hija parecía pendiente de los labios del vicario general.

La conversación tomó otro giro y nadie volvió á hablar de Alberto.

El retrato trazado por el más inteligente de los vicarios generales de la diócesis tuvo atractivos de novela para Rosalía, tanto más cuanto que, efectivamente, había en él rasgos novelescos. Encontraba, por primera vez en su vida, la imagen de lo extraordinario y maravilloso que acaricia el cerebro de todos los jóvenes y que en tan alto grado excita la curiosidad, tan viva á los años de la doncella. ¡Qué ser ideal aquel Alberto, sufrido, sombrío, laborioso, soberbio de elocuencia, comparado por la señorita de Watteville con el conde gordo, molletudo, vendiendo salud, que no sabía más que echar requiebros y hablar de elegancia sin que le contuviese el esplendor de los antiguos condes de Rupt! Amadeo no le había proporcionado más que disputas y reprensiones, y, por otra parte, le conocía excesivamente, mientras que ese Alberto Savaron ofrecía no pocos enigmas que descifrar.

—Alberto Savaron de Savarus — repetía su más oculto pensamiento.

¡Después, verle, conocerle...! este fué el deseo de una doncella que había vivido hasta entonces sin desear nada. Y repasaba en su corazón y en su mente, en los escondrijos de su cerebro, las palabras más insignificantes del abate de Graucey, pues todas sus ideas habían dado en el blanco.

—¡Una frente hermosa!—decía la joven mirando la de cada uno de los hombres sentados á su mesa—No descubro una sola que pueda considerarse así. La de Soulas es demasiado curva; la del señor de Graucey es bella, pero tiene setenta años y ya le han caído todos los cabellos; no se sabe dónde acaba la frente.

—¿Qué te pasa, Rosalía? no comes...

—No tengo gana, mamá —Y después, para sí, repetía: «¡Manos de prelado! No me acuerdo ya de las de nuestro lindo arzobispo, y eso que él fué quien me confirmó».

Finalmente, en una de las idas y venidas por el laberinto de su ensueño, se le presentó brillante y á través de los árboles de los dos jardines contiguos,

una ventana iluminada, que había distinguido desde su lecho al despertar alguna vez durante la noche. «Era la luz de su cuarto! murmuró; ¡podré verla! La veré».

—Señor de Graucey, ¿está definitivamente resuelto el pleito del Capítulo?—preguntó á quemarropa Rosalía, aprovechando un momento de silencio.

La señora de Watteville cambió rápidamente una mirada con el vicario general.

—¿Y qué te importa á ti eso, querida hija?—preguntó la dama con tan fingida dulzura que hizo que Rosalía fuese circunspecta para todo el resto de sus días.

—Pueden recurrir al tribunal de casación, pero antes de hacerlo—contestó el abate,—nuestros enemigos se tentarán la ropa.

—Jamás habría creído que Rosalía pudiera pensar durante toda la comida en un pleito—añadió la señora de Watteville.

—Ni yo tampoco—dijo Rosalía con aire finamente pensativo que obligó á sonreír á los circunstantes.—Pero el señor de Graucey ha hablado tanto de ello, que ha despertado mi interés.

Levantáronse los convidados de la mesa para trasladarse al salón. Toda la tarde estuvo escuchando Rosalía para ver si volvía á decirse algo de Savaron; pero fuera de las felicitaciones que cada uno de los que llegaban dirigía al abate por haber ganado el pleito, y en que nadie elogió al abogado, no se trató más del asunto. La señorita de Watteville aguardó la noche con impaciencia. Se acostó pensando en levantarse de dos á tres de la madrugada, para fijarse en las ventanas del gabinete de Alberto, y cuando sonó la alarma, experimentó no sé qué emoción placentera distinguiendo el resplandor que proyectaban á través de los árboles, casi desnudos de hojas, las bujías del abogado.

Con ayuda de la vista excelente que poseen las jóvenes y que la curiosidad parece hacer más penetrante, vió á Savaron escribiendo, y aun creyó adivinar el color del mobiliario, que le pareció rojo. La chimenea elevaba por encima del techo una espesa columna de humo.

—¡Cuando todo el mundo duerme, él vela... como Dios!—pensó.

La educación de las doncellas trae consigo problemas graves, y aunque el porvenir de una nación está en la mano de la madre, hace ya mucho tiempo que la Universidad de Francia se ha dado la maña de no preocuparse de este punto. He aquí uno de los dichos problemas: ¿Es útil ilustrar á las jóvenes? ¿Se debe restringir su espíritu? No es necesario observar que el método religioso es restrictivo: si se ilustran las mujeres, quedan convertidas en demonios antes de la edad oportuna; pero si se las prohíbe pensar, están expuestas á caer en el peligro de la explosión súbita tan bien pintada en el personaje de Agnès por Moliere, y con tal práctica se pone á un espíritu así oprimido, tan virgen, tan perspicaz, tan impetuoso y consecuente con la naturaleza como un salvaje, á merced del más simple acontecimiento; crisis fatal que determinó en el alma de la señorita de Watteville el imprudente bosquejo que se permitió hacer de sobremesa uno de los más prudentes abates del prudente Capítulo de Besançon.

Al otro día por la mañana la señorita de Watteville tuvo que ver mientras se vestía, y era forzoso que lo viera, á Alberto Savaron que paseaba en su jardín contiguo á los del palacio Rupt.

—¿Qué habría sido de mí—reflexionó ella—si hubiese vivido en otra parte? Por lo menos aquí puedo verle. ¿En qué estará pensando?

Después de haber visto, aunque á distancia, al hombre extraordinario, el único cuya fisonomía resaltaba vigorosamente de la muchedumbre de casas bizoncianas en que se fijara hasta entonces, Rosalía saltó fácilmente á la idea de penetrar en su intimidad y descubrir la causa de tan raro misterio y oír aquella voz reputada por elocuente y recibir una mirada de sus grandes ojos. Sí, quería todo eso; pero ¿cómo conseguirlo?

Durante todo el día estuvo moviendo la aguja por su bordado con esa atención embotada de la doncella que parece, como Inés, no pensar en cosa alguna y, sin embargo, reflexiona sobre todo tan diestramente,

que sus ocurrencias astutas son de infalible efecto. De la profunda y larga meditación sacó en limpio Rosalía un ansia grande de confesar. A la mañana siguiente celebró, después de la misa, una breve conferencia con el abate Giroud en San Pedro, y le enredó tan bien, que la confesión quedó acordada para el domingo á las siete y media antes de la misa de ocho. Urdió una docena de embustes para poder tropezarse una sola vez en la iglesia con el abogado á la hora en que él asistía al santo oficio. Y hubo más: le acometió un sentimiento de ternura excesiva hacia su padre, fué á verle en su taller, y le hizo explicar mil pormenores acerca del arte de tornero, sin más fin que concluir aconsejándole que construyese grandes piezas, columnas. Después, cuando su padre trabajó en los malos torneados, una de las dificultades mayores para los que se dedican á esta labor, aconsejóle que aprovechara un inmenso montón de piedras que había en medio del jardín para levantar una gruta, sobre la cual pudiera ponerse una capillita en forma de mirador donde hacían magnífico papel sus columnas torneadas luciendo á los ojos de todo el mundo.

Aprovechando la alegría que la empresa despertaba en el corazón del pobre hombre ocioso, Rosalía le dijo, abrazándole:

—Sobre todo, no descubras á madre quién te ha inspirado esta idea, porque me reñiría.

—Tranquilízate—respondió el señor de Watteville, que gemía tanto como su hija bajo el poder opresor de la terrible hija de los Rupt.

Tuvo, pues, la moza certidumbre de que en breve se construiría un observatorio de donde su mirada pudiera alcanzar más fácilmente al despacho del abogado. Y lo cierto es que no faltan en la tierra observatorios para los que despliegan tan admirables recursos de diplomacia y también abundan los que, la mayor parte de las veces, no saben palabra de ello, como le ocurría á Alberto Savaron.

El domingo, tan impacientemente esperado, llegó á la postre, y empleó en el tocado Rosalía tan minuciosa atención, que obligó á sonreír á Marieta, don-

cella á la vez de la señora y de la señorita de Watteville, motivando esta frase:

—Es la primera vez que veo á la señorita tan escrupulosa.

—Lo que me obligas á pensar—repuso Rosalía fijando en Marieta una mirada que hizo brillar dos amapolas en las mejillas de la criada—es que hay días en que tú lo eres más particularmente que en otros.

Al bajar la escalinata, al atravesar el patio, al franquear la puerta, yendo por la calle, el corazón de la joven latía como cuando presentimos un gran acontecimiento. Hasta entonces no supo lo que era andar por esas calles; hubo un instante en que creyó que su madre adivinaría, leyendo las ideas en su frente, sus propósitos, y que le prohibiría ir á confesar; sintió que circulaba una sangre nueva por sus pies, y los levantó como si anduviera pisando ascuas de fuego. Naturalmente, la entrevista con su confesor estaba señalada para las ocho y cuarto, y dijo á su madre que era á las ocho, á fin de esperar un cuarto de hora aproximadamente cerca de Alberto. Llegó á la iglesia antes de la misa, y después de orar brevemente, fué á ver si el abate Giroud estaba en su confesonario, con el sólo objeto de hacer tiempo, y de este modo escogió posiciones para poder descubrir á Savaron en el punto en que entró en el templo.

Preciso sería que fuera un hombre, no feo, sino horrible para no parecer hermoso en la disposición de ánimo en que la curiosidad excitada tenía á la señorita de Watteville. De modo que Alberto Savaron, que era digno de que se reparase en él, causó tanta más impresión á Rosalía cuanto que su natural, su manera de andar, su actitud, todo, hasta sus vestidos, ofrecían ese no sé qué inexplicable si no se emplea la palabra *misterio*. Entró. La iglesia, sombría hasta entonces, pareció á los ojos de la doncella iluminarse de pronto. Encantóle á la niña aquel paso lento y solemne con que caminan las gentes que llevan un mundo sobre sus espaldas y en quienes tanto la mirada profunda como el gesto se conciertan para animar un pensamiento que puede producir estragos

o ser dominador. Rosalía comprendió, en toda su extensión, las palabras del vicario general. Sí, sus ojos, de un amarillo apagado, que matizaban unos hilillos de oro, velaban el ardor del alma apasionada, que se descubría en el mirar con la viveza del relámpago.

Con imprudencia que no dejó de notar Marieta, se puso Rosalía al paso del abogado en forma que le fuera fácil cambiar una mirada con él; y esta mirada que ella misma provocó, alteróle la sangre de tal modo, que se agitó, hirvió como si su fuego hubiese aumentado. Cuando Alberto tomó asiento, la señorita de Watteville escogió sitio á propósito para verle á su sabor durante todo el tiempo que le dejara libre el abate Giroud. Cuando Marieta dijo: «Ahí está el señor Giroud», le parecía á Rosalía que sólo había durado su éxtasis algunos minutos. Cuando salió del confesonario, la misa estaba concluída y Alberto había abandonado la iglesia.

—Tiene razón el vicario general—pensó;—sufre *el hombre!* ¿Por qué habrá venido esa águila, pues de águila son sus ojos, á batir el vuelo sobre Besançon? ¡Oh, cuánto daría por saber todo lo que á él se refiere! Pero ¿de qué manera?

Excitada por este nuevo deseo, Rosalía bordó con admirable limpieza durante algunos días, y he aquí el resultado de sus meditaciones disimuladas con cierto aire cándido y bobalicón capaz de engañar á la astuta señora de Watteville. A partir del domingo en que recibió aquella mirada, ó si se quiere, aquel bautismo de fuego, magnífica frase de Napoleón que se puede aplicar al amor, manejó con destreza el asunto de la terraza.

—Mamá—dijo tan pronto como vió construídas sus dos columnas,—se le ha ocurrido á papá una idea muy rara; está torneando algunos palos con que construir un mirador aprovechándose de las piedras del jardín. ¿Apruebas el proyecto? Yo pienso que...

—Yo apruebo todo cuanto hace tu padre—contestó secamente la dama.—Las mujeres deben someterse á sus maridos, aun cuando no estén conformes con sus ideas... ¿Y por qué tenía yo que oponerme á cosa tan

insignificante, puesto que distrae y agrada al señor de Watteville?

—Pero lo digo porque desde ahí arriba veremos la casa de Soulas, y este señor podrá mirarnos cuando estemos en la capillita. Es posible que se murmure...

—¡Cómo, Rosalía! ¿Pretendes gobernar á tus padres y saber más que ellos en asuntos de la vida y de las conveniencias sociales?

—Me callo, mamá. Después de todo, mi padre afirma que la gruta formará un pabellón en que hará fresco y podremos tomar café.

—A tu padre se le ha ocurrido una gran idea.

Entró en deseos de ver la obra, y la aprobó, indicando un sitio para que se levantase la azotea en el fondo del jardín adonde no podían llegar los ojos de Soulas, pero desde el cual punto se divisaban admirablemente las habitaciones de Alberto Savaron. Buscóse á un obrero hábil que construyese la gruta, á cuyo terrado se subiría por un senderito de tres pies de largo, entre conchas y piedrecillas de que arrancarían plantas y arbolillos, como hierba doncella, lirios, hiedra y madre selva, saúquillos y dulcamaras ó solanos trepadores, todo con el objeto de que cubriesen el pasaje de sombra fresca. La baronesa propuso que se diese al mirador el aspecto de un bosque rústico, muy corriente á la sazón entre jardineros, y que se pusiera en el fondo un espejo, un sofá con dosel y una mesa de madera con incrustaciones de marfil y metal. Soulas propuso que el piso fuese de asfalto. Ocurriósele á Rosalía que debiera suspenderse de la bóveda una lámpara rústica.

—Los Watteville van á construir en sus jardines algo que nos sorprenderá á todos—murmurábase en Besançon.

—Son ricos y pueden satisfacer un capricho que les cueste mil escudos.

—¡Mil escudos...!—exclamó la señora de Chavoncourt.

—Sí, mil escudos—contestó Soulas.—Se ha llamado á un obrero de París para que arregle en forma rústica el interior; pero puede afirmarse que será muy

lindo. El señor de Watteville esculpe toda la madera que se empleará en la construcción... hasta la araña.

—Se asegura que Berquet abrirá un sótano para bodega—añadió un abate.

—No—repuso Soulas,—levantará el kiosko sobre una capa maciza de cemento para impedir que haya humedad.

—Noto que está usted muy enterado de todo lo que se hace en la casa—interrumpió agriamente la Chavoncourt, dirigiendo la mirada á una de sus hijas que hacía un año se hallaban en estado de merecer.

La señorita de Watteville pensaba con orgullo en el éxito de su idea, conviniendo en que le daba cierta superioridad sobre todo lo que se agitaba en torno suyo. Nadie podía sospechar que una muchacha á quien no se creía con talento, y poco menos que insensible, anduviese en tales maquinaciones para ver de cerca el cuarto del abogado Savaron.

La brillante defensa de Alberto en beneficio del Capítulo de la catedral, cayó fácilmente en olvido, mucho más por haber despertado las envidias de sus compañeros del foro. Por otra parte, fiel á sus hábitos de soledad, Savaron se abstuvo de mostrarse en público. Sin panegiristas de su fama y sin relacionarse con ser alguno, aumentó las probabilidades de ser olvidado, probabilidades que, en un pueblo como Besançon, abundan contra el forastero. Sin embargo, es justo advertir que se encargó de tres pleitos ante el tribunal de comercio y que por estar muy enredados hubo precisión de elevar á la Audiencia. De esto provino que tuviera cuatro clientes de los más respetables entre los comerciantes de la ciudad, quienes reconocieron en él tan buen sentido, y, sobre todo, lo que en provincias se llama un *entendido forense*, que le confiaron la defensa de sus asuntos ante lo contencioso. El día en que inauguraba la casa Watteville su pabellón, Alberto dejaba también muy bien puesto el suyo. Gracias á las hábiles relaciones que había adquirido entre la alta banca de Besançon, fundó una revista quincenal, con el nombre de *Revista del Este*, emitiendo para la empresa cuarenta acciones de

quinientos francos cada una, capital confiado á sus diez primeros clientes, á quienes convenció de que debían ayudar á los intereses de Besançon para que figurase de modo que se convirtiera la ciudad en punto intermedio de tránsito entre Mulhouse y Lyon y punto capital entre Mulhouse y el Ródano.

Y para rivalizar con Strasburgo, ¿no debía Besançon convertirse en centro de cultura al mismo tiempo que aumentase su importancia comercial? Únicamente en una Revista podían tratarse las altas cuestiones relativas á los intereses del Este. ¡Qué gloria para el pueblo que disputase á Strasburgo y á Dijón su influencia literaria y que hiciera brillar todo el Este de Francia en pugna con la centralización parisién! Repitieron estos argumentos los diez comerciantes designados por Savaron, sólo que se atribuyeron la ocurrencia.

El abogado no cometió la torpeza de que figurase su nombre al frente del periódico, sino que confió la dirección del negocio á su primer cliente. Boucher, emparentado por su mujer con uno de los editores más importantes en el ramo religioso, lo único que hizo fué encargarse de la redacción, señalándose, como fundador, una parte de los beneficios. El comercio pidió su concurso para que prosperase el proyecto al de Dole, de Dijón, de Salins, de Neufchatel, de Jura, de Bourg, de Nantua, de Lons-le-Saulnier. Se invitó á las lumbreras y á los estudiosos de las tres provincias de Bugey, de la Bresse y de la Comté, para que ayudasen con sus luces. Valiéndose de compromisos comerciales, se reunieron ciento cincuenta suscripciones, pagadas sobre seguro: la Revista costaba ocho francos al trimestre. Para evitar los piques y las irritaciones del amor propio, que tan fácilmente se excita entre provincianos, rehusando artículos impublicables, el abogado obró cuerdamente procurando que solicitase la dirección literaria el hijo mayor de Boucher, joven de veintidós años, muy amigo de figurar, y que desconocía todos los sinsabores é inconvenientes de la gloria literaria cuando se ha de alimentar con el propio esfuerzo y sin recursos. Alberto se reservó la inspiración secreta, convirtiendo á Alfredo

Boucher en Seide suyo: así, fué éste el único con quien familiarizó el rey del foro. Alfredo iba á confeccionar todas las mañanas con Alberto para que éste le instruyera en todo lo que convenía á la publicación. No hace falta decir que en el número programa figuraba una *Meditación* de Alfredo, que Savaron aprobó. Cuando hablaban, Alberto esbozaba grandes ideas, explicaba como al descuido asuntos que podían tratarse en varios artículos y que aprovechaba sin escrupulo el joven Boucher. De este modo, el hijo del comerciante creía explotar al gran hombre. En efecto, para Alfredo era su amigo Alberto un genio, un político profundo. Admirados los comerciantes por el éxito creciente de la Revista, no tuvieron que abonar más que las tres décimas del total de sus acciones. A las doscientas suscripciones, la Revista estaba en disposición de pagar un dividendo que ascendía al cinco por ciento, y esto era porque no se pagaba redacción. La redacción no tenía precio.

Al tercer número cambiaba ya la Revista con todos los periódicos de Francia, que Alberto leyó desde entonces en su casa. Contenía ese tercer número, entre otros materiales, una historieta firmada por A. S. y que se atribuía á la pluma del famoso abogado. La distinguida sociedad de Besançon concedía poca importancia al periódico, tildado de liberalismo. Esto no obstante, se habló en casa de la señora de Chavoncourt de la primera novela que salía á luz en el condado.

Rosalía dijo á su padre:

—Se publica una Revista en Besançon, y debías suscribirte y guardarla en tu despacho, pues mamá no consentiría que la leyese; pero tú me la prestarías.

Deseando complacer á su cara Rosalía, que de cinco meses á aquella parte le daba tantas pruebas de cariño filial, el señor de Watteville fué á pagar un año de suscripción á la *Revista del Este* y facilitó los cuatro números publicados á su hija. Por la noche pudo devorar Rosalía esta novela, la primera que leyó en toda su vida; pero ¿qué extraño era, si no sentía las sensaciones del vivir sino en la crisis de aquellos dos meses? De modo que no hay manera de juzgar el efecto

que produjo en ella, comparando la lectura con los acontecimientos ordinarios de la existencia. Sin juzgar el mérito ó desmérito de dicha composición, debida á un parisiense que introducía en provincias el método, el brillo de la nueva escuela literaria, puede asegurarse que no podía menos de parecer obra maestra á una joven que esponjaba su inteligencia virgen, su corazón puro, en el primer libro de este género. Por otra parte, intuitivamente se formaba Rosalía, teniendo en cuenta las apreciaciones que llegaban á sus oídos, un juicio que aquilataba el valor del escrito. Como que creía hallar algo de los sentimientos y tal vez de la vida de Alberto. Y en verdad, desde las primeras páginas adquirió esta presunción tales visos de certidumbre, que al concluir uno de los fragmentos, vió claro que no se equivocaba. Copiaremos ahora la confianza en que, según los críticos del salón Chavoncourt, Alberto imitaba á los escritores modernos, quienes, á falta de talento para inventar, copian sus propias alegrías y sus propios dolores ó los sucesos ignorados de su existencia.

EL AMOR NOS CONVIERTE EN AMBICIOSOS

Dos jóvenes que se habían propuesto recorrer Suiza, ocurría esto en 1823, salieron de Lucerna un hermoso día de julio, aprovechando un barquichuelo que tripulaban tres hombres. Dirigiánse á Fluelen con el propósito de detenerse en el lago de Quatre-Cantons, célebre en todo el mundo. El paisaje que bordea las aguas desde Lucerna á Fluelen ofrece todas las bellezas que la imaginación más viva puede exigir á las montañas y á los ríos, á los lagos y á las rocas, á los arroyos y á los prados, á los árboles y á los torrentes. Surgen como por encanto agrestes é inhabitados terrenos, promontorios pintorescos, campiñas de alegre y gracioso follaje, bosques colgados como un penacho del granito que parece tallado á pico, bahías silenciosas y frescas que aparecen detrás de los recodos, y valles caprichosos que se pierden en la lejanía adorable y hermosa.

Al pasar frente á la deliciosa población de Gersau,

estuvo contemplando uno de los dos amigos por largo tiempo una casa rústica que al parecer estaba construída recientemente, rodeada de una empalizada sobre una especie de promontorio de rocas que bañaban las olas. Cuando el barquichuelo pasaba por allí, asomóse á una de las ventanas del último piso una cabeza femenil, sin más objeto, á lo que se presumía, que gozar del efecto que producía la diminuta embarcación bogando por el lago. Uno de los jóvenes recibió como un tiro la indiferente mirada de la desconocida.

—Detengámonos aquí—dijo á su amigo.—Puesto que nos proponíamos establecer en Lucerna nuestro cuartel general para visitar Suiza, no extrañarás que cambie de opinión, y que no pase de este punto ni tome parte en tus diversiones. Haz tú lo que gustes, pues mi excursión termina aquí. Marineros ¡virad de bordo! Atracádnos á esa ciudad, donde almorzaremos. Iré á Lucerna para traerme todo nuestro equipaje, y ya sabrás, antes de que me abandones, en qué casa me hospedaré, á fin de que me busques á tu regreso.

—No hay tanta diferencia entre Lucerna y esta población, para que me oponga yo á que puedas satisfacer tu capricho.

Eran los dos jóvenes amigos en toda la extensión de la palabra. Tenían la misma edad y habían hecho juntos sus estudios en el colegio. Concluídos los exámenes y licenciados en derecho, empleaban el período de vacaciones en el clásico viaje á Suiza. Gracias á la solicitud paternal, tenía ya Leopoldo colocación en el estudio de un notario de Paris. Su carácter recto, la dulzura de su espíritu, el dominio sereno de sus sentidos y de su inteligencia, eran garantías suficientes de docilidad. Leopoldo se veía hecho ya todo un señor notario de la capital; su vida entera se desarrollaba ante sus ojos, como se extiende ante la vista uno de esos grandes caminos que atraviesan las llanuras de Francia, y lo abrazaba en toda su amplitud, con resignación filosófica.

El carácter de su compañero, á quien llamaremos Rodolfo, comparado con el suyo, ofrecía tal contraste, que bien puede decirse que de aquel antagonismo se

había originado el que se estrechasen los lazos de amistad. Era Rodolfo hijo natural de un gran señor, á quien sorprendió la muerte prematura sin que pudiera dictar disposiciones para garantir los medios de existencia á la mujer apasionadamente querida y al fruto de este cariño. Así es que, burlada por un azar de la suerte, la madre de Rodolfo no tuvo más remedio que apelar á un recurso heroico. Vendió todo lo que debía á la munificencia del padre de su hijo y reunió una suma de más de cien mil francos, que colocó en un seguro sobre su vida á un tanto alzado, consiguiendo reunir de este modo la renta de quince mil francos, próximamente, con el propósito decidido de gastarlo todo en educar á su hijo para que éste reuniera todas las condiciones personales apetecibles y lograrse conquistar una fortuna, y el de reunirle un capital, cuando llegara á la mayor edad, en fuerza de economías. El pensamiento era atrevido, puesto que trataba de exponerse contando como base el riesgo de su propia existencia; pero seguro que sin semejante temeridad no habría podido la buena madre vivir ni educar convenientemente al hijo, que era toda su esperanza, todo su porvenir, el único manantial de goces. Nacido de una de las parisien-ses más encantadoras y de uno de los más notables vástagos de la aristocracia brabantés, fruto de una pasión correspondida, Rodolfo heredó una sensibilidad de alma excesiva. Desde su infancia se manifestó apasionadísimo. Dominóle una fuerza superior, extraña, que fué como impulso de todo su ser, estímulo de la fantasía y razón de sus acciones. A pesar de los esfuerzos que una madre inteligente empleó para contrarrestar semejante predisposición desde los primeros síntomas, Rodolfo deseaba con el propio ardimiento con que concibe el poeta, y el sabio calcula, y dibuja el pintor, y compone sus melodías el músico. Sensible como su madre, entregábase en cuerpo y alma, enmendando el tardo correr del tiempo, á la consecución de la cosa deseada, empleando para ello la voluntad ardorosa con violencia inusitada. Soñando con el logro de sus proyectos, suprimía siempre los medios que debía emplear para salir victorioso. La

madre decía para retratar este carácter: «Cuando mi hijo tenga descendencia, querrá ver á los niños hechos hombres luego de nacer». Estas aptitudes, esta vehemencia, bien dirigidas, sirvieron guapamente á Rodolfo para hacer brillantes estudios y convertirse en lo que los ingleses llaman un perfecto caballero. Su madre estaba orgullosa, no sin que temiese que sobreviniera un desastre el mejor día, luego que estallase un apasionamiento cualquiera en aquel corazón á la vez tan tierno y sensible, tan preparado á los paroxismos de la violencia y tan bueno. Teniéndolo en cuenta, la prudente mujer había alentado la amistad estrecha de Leopoldo y Rodolfo, considerando además que con su carácter frío y abnegado, el notario podía servirle de tutor y consejero y ser el confidente que la reemplazara hasta cierto punto en el ánimo de Rodolfo, si llegaba por desgracia á faltarle. Hermosa á los cuarenta y tres años, la madre había inspirado una pasión muy viva á Leopoldo. Esta circunstancia hizo que la intimidad fuese más grande entre los jóvenes.

Conocía muy bien á su amigo Leopoldo, y no le extrañó, por tanto, que la simple mirada dirigida á lo más alto de una casa le detuviese en una ciudad cualquiera y le obligara á renunciar á la excursión proyectada cuyo objeto era la visita á San Gotardo. Mientras les preparaban el almuerzo en la posada del Cisne, visitaron la ciudad los dos amigos, y descubrieron en el sitio más próximo á la encantadora casa nueva, correteando y provocando paliques con los habitantes, que le tomarían por huésped unos menestrales, según los usos y costumbres de Suiza. Ofreciéronle un cuarto con vistas al lago y á las montañas y desde donde se gozaba de la perspectiva que recomienda el lago de *Quatre-Cantons* á los viajeros por sus bellezas. Separaban una encrucijada y una especie de puerto este hospedaje de la casa nueva, desde donde había atraído como un imán el rostro de la bella desconocida á Rodolfo.

Estipulando el pago de cien francos mensuales, tendría Rodolfo cubiertas todas sus necesidades; pero en consideración á los gastos que los esposos Stopfer